

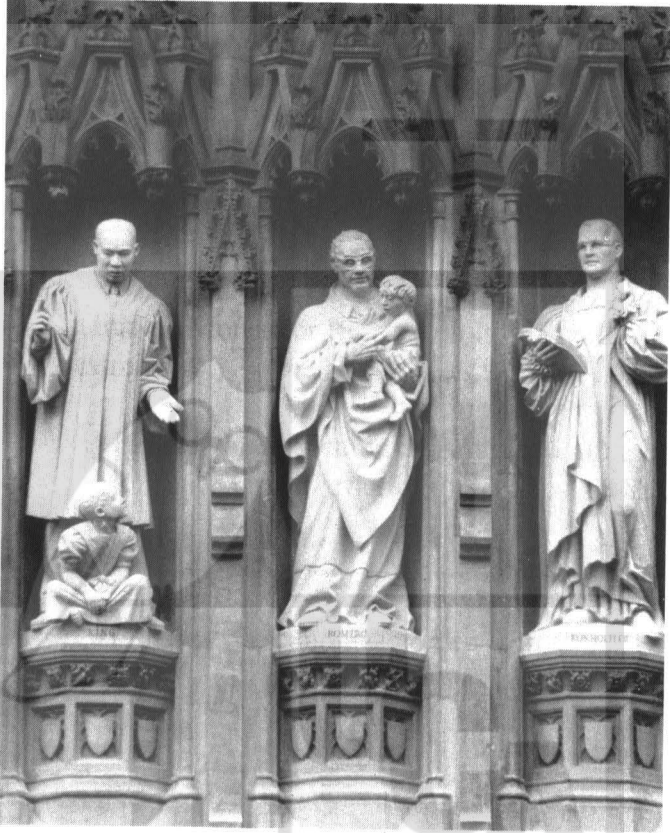
**Michael Campbell-Johnston, S.J.
Jon Sobrino, S.J.**

Monseñor Romero Westminster y Roma



CMR centro monseñor romero - uca

Michael Campbell-Johnston, S.J.
Jon Sobrino, S.J.



**Monseñor Romero.
Westminster y Roma**

2



1a. Edición, septiembre de 1998

2a. Edición, febrero de 2000

3a. Edición, marzo de 2000

Edita: Centro Monseñor Romero

Universidad Centroamericana José Siméon Cañas

Apdo. Postal 01-168, San Salvador, El Salvador, C.A.

Impreso en Talleres Gráficos UCA

INDICE

I. Estatua de Monseñor Romero en la abadía de Westminster.....	5
Martirio y resurrección en América Latina hoy. Monseñor Oscar Arnulfo Romero.....	8
II. Roma.....	25
El Proceso de canonización en Roma.....	27



I. Estatua de Monseñor Romero en la abadía de Westminster

El día 9 de julio diez mártires cristianos de nuestro siglo fueron instalados en lugares de honor en la abadía de Westminster. Las diez estatuas ocupan unos nichos que están encima de la Gran Puerta Occidental de la abadía, construida hace 900 años.

La reina Isabel II y su consorte el príncipe Felipe, duque de Edimburgo, acompañaron al arzobispo de Canterbury George Carey y a familiares de los mártires honrados en la solemne ceremonia de instalación y desvelado.

Los diez mártires del siglo XX provienen de todos los continentes y de diferentes denominaciones religiosas cristianas, y fueron seleccionados, tras amplia consulta, para representar a las regiones del mundo que más han sufrido persecución y opresión en este siglo. Algunos, por lo reciente de su martirio y el impacto que han causado en nuestra generación, son más conocidos: Monseñor Romero y Martin Luther King. Otros también son recordados en el hemisferio occidental porque dieron su vida durante el nazismo, como Dietrich Bonhoeffer (conocido teólogo) y el franciscano Maximilian Kolbe, que se ofreció a ser ejecutado en lugar de un padre de familia en un campo de concentración –y así hasta diez, como puede verse en el recuadro.

Entre las diez estatuas está la de Monseñor Romero. De tamaño natural, tiene a un niño en sus brazos, expresando ternura y recordando lo que dijo en una homilía del 23 de septiembre de 1979: "¡Cuánto más vale para mí que un niño me tenga la confianza de sonreírme, de abrazarme y hasta de darme un beso a la salida de la iglesia que si tuviera millones y fuera espantable a los niños!".

Monseñor fue asesinado a la edad de 62 años por un francotirador que le disparó un balazo en el corazón cuando oficiaba misa en la capilla del hospital para cancerosos "La Divina Providencia", donde él residía. El juicio sobre el

Los diez mártires en la abadía de Westminster

1918	Duquesa Elizabet	Rusia	santa de la Iglesia Ortodoxa, asesinada por los bolcheviques
1928	Manche Masemola	Sudáfrica	Iglesia Anglicana, conversa, muerta en 1928 por sus padres, que eran animistas
1941	Maximilian Kolbe	Polonia	franciscano de la Iglesia a ser ejecutado en lugar de un padre de familia en un campo de concentración nazi
1942	Lucian Tapiedi	Papúa	Nueva Guinea, Iglesia Anglicana, muerto en la invasión japonesa
1945	Dietrich Bonhoeffer	Alemania	pastor luterano y teólogo, asesinado por los nazis
1960	Esther John	Pakistán	evangelista presbiteriana, presuntamente asesinada por un fanático musulmán
1969	Martin Luther King	USA	Iglesia bautista, luchador de los derechos civiles de la gente de color en Estados Unidos
1972	Wang Zhiming	China	pastor evangelista, muerto durante la revolución cultural
1977	Jasnani Luwun	Uganda	arzobispo de la Iglesia anglicana, asesinado durante el régimen de Idi Amín
1980	Monseñor Romero	El Salvador	arzobispo de la Iglesia católica, asesinado por escuadrones de la muerte.

asesinato nunca avanzó por "falta de pruebas y testigos", pero la Comisión de la Verdad de Naciones Unidas acusó a Roberto D'Aubuisson, el ya fallecido fundador del partido ARENA, de haber ordenado el asesinato de Monseñor Romero.

Ahora las cosas han cambiado. En Westminster estaba presente un hermano de Monseñor, Santos Gaspar. Estaban también Mons. Orlando Cabrera, obispo de Santiago de María, Mons. Ricardo Urioste y María Julia Hernández, directora de la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado, en representación de la Iglesia salvadoreña, y un pequeño grupo de salvadoreños y salvadoreñas.

La ceremonia en recuerdo de los diez mártires fue realmente bellísima y emocionante. Y el punto culminante fue la memoria de Monseñor Romero. Los presentes se conmovieron y algunos hasta las lágrimas. No hay que olvidar que fueron más de cien parlamentarios británicos quienes propusieron a Monseñor Romero como candidato al Premio Nobel de la Paz en 1979. Un ilustre salvadoreño decía después de la ceremonia, que, aunque no lo canonizasen en Roma, quedaba ya tranquilo.

A continuación publicamos el discurso que pronunció el Padre Michael Campbell-Johnston, S.J. el día 8 de julio.



Los diez mártires en la Abadía de Westminster

Martirio y resurrección en América Latina hoy

Monseñor Oscar Arnulfo Romero

Michael Campbell-Johnston, S.J.

Un mes antes de su asesinato Monseñor Romero recibió un aviso del nuncio papal en Costa Rica. Le decía que había nuevas amenazas de muerte contra él y que debía cuidarse. Poco después el nuncio de El Salvador le hizo la misma advertencia, justo cuando Monseñor Romero comenzaba su retiro anual con un grupo de sacerdotes de Chalatenango en la casa de retiro de las Hermanas Pasionistas en un colina desde la que se divisa la ciudad capital. Monseñor había pensado ir con sus sacerdotes a una casa de Carmelitas en Guatemala, pero en el último momento sus consejeros no le dejaron ir, pues lo consideraban demasiado peligroso.

No es sorprendente, por lo tanto, que durante el retiro Monseñor Romero intentase aceptar la perspectiva de su asesinato. Claramente sentía miedo, y escribió en su cuaderno de notas: "Siento miedo a la violencia en mi persona... Temo por la debilidad de mi carne, pero pido al Señor que me dé serenidad y perseverancia"¹. Un poco más adelante escribe: "Mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera sea el fin de mi vida. El asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro". Viene después la aceptación plena: "Acepto con fe en él mi muerte por más difícil que sea". Y termina con un firme acto de fe:

¹"El último retiro espiritual de Monseñor Romero", *Revista Latinoamericana de Teología* 13 (1989). Esta y las siguientes citas están en las pp. 4-7.

Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la patria.

La gracia de este retiro y la fuerza que encontró en la oración le capacitaron para responder, dos semanas después, a un periodista mexicano con las famosas palabras que algunos de ustedes ya habrán escuchado:

He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirles que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección. Si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador.

El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

Ojalá sí se convengan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás².

Creo que estas impresionantes palabras expresan mucho mejor que lo que yo pueda decir lo que es la verdadera naturaleza del martirio. Y no sólo los martirios que hoy estamos conmemorando aquí —el de Monseñor Romero y los de sus nueve compañeros del siglo XX—, sino los de cientos y miles de personas sencillas que, a lo largo de la historia, ofrecieron sus vidas por defender lo que creían. Esta es, en efecto, la esencia del martirio: dar testimonio de la verdad con la entrega de la

² *La voz de los sin voz: La palabra viva de Monseñor Romero*, UCA Editores, 2a. ed., 1986, pp. 62 y 461.

propia vida. En una de sus primeras homilías, Monseñor explicaba así lo que significa entregar la vida:

Dar la vida no es sólo que lo maten a uno; dar la vida, tener espíritu de martirio, es dar en el deber, en el silencio, en la oración, en el cumplimiento honesto del deber; en ese silencio de la vida cotidiana, ir dando la vida como la da la madre que sin aspavientos, con la sencillez del martirio maternal, da a luz, da de mamar, hace crecer, cuida con cariño a su hijo. Eso es dar la vida³.

Lo que quizás ha cambiado en nuestros días es la naturaleza de la verdad a la que el mártir moderno es llamado a dar testimonio. Karl Rahner ha dicho que el concepto clásico de martirio, condicionado sustancialmente por el *odium fidei* (odio contra la fe), tiene que ser ampliado para poder incluir en él a aquellos que han sido asesinados por el *odium iustitiae* (odio contra la justicia). Y menciona a Monseñor Romero como ejemplo obvio⁴.

Para la Iglesia católica latinoamericana el cambio decisivo tuvo lugar en 1968 en la Segunda Conferencia General de Obispos Latinoamericanos en Medellín, Colombia. Los obispos aplicaron a las realidades del tercer mundo las intuiciones y directrices del Concilio Vaticano II, que apenas había concluido tres años antes. Con su énfasis en el pecado estructural, la injusticia institucionalizada, comunidades cristianas de base y –aunque no se usara la expresión– la opción preferencial por los pobres, hizo que amplios sectores de la Iglesia comenzaran a recorrer un camino nuevo. De ser uno de los tres pilares del sistema, junto con los militares y los terratenientes, la Iglesia latinoamericana se encontró a sí misma, al principio tímidamente, pero con fuerza y convicción crecientes, confrontándose con el sistema en nombre de los pobres y desposeídos, cuyo "sordo clamor", como dice Medellín, "brotó de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte"⁵. Los resultados fueron previsibles: la hostilidad creciente por parte de aquellos que se sintieron amenazados en sus intereses, lo cual produjo arrestos, torturas, expulsiones, asesinatos y una persecución generalizada contra una Iglesia que no era ya controlada por los ricos y poderosos y a la que ya no tenían ningún interés en reconocer.

³ *Homilías*, 15 de mayo de 1977, Vol I-II, Arzobispado de San Salvador, p. 45.

⁴ "Dimensiones del martirio", *CONCILIUM* 183 (1983), pp. 321-324.

⁵ "Pobreza de la Iglesia" n. 2, *Medellín*, San Salvador, UCA Editores, 2a. ed., 1985, p. 103.

Un pequeño libro sobre La Iglesia en El Salvador, publicado en 1982 después de uno de los años más sangrientos de guerra, distingue tres modelos de persecución a la Iglesia⁶. Existe el modelo de una Iglesia que busca establecerse en sociedades no cristianas: los primeros cristianos en las catacumbas de Roma o en varios países de misión, como China y Japón en el siglo XVII o en países africanos en el siglo XIX. En segundo lugar existe, o ha existido, persecución a la Iglesia en países socialistas y comunistas por parte de estados totalitarios que exigen total lealtad. La así llamada "Iglesia subterránea" en China todavía ofrece un buen ejemplo de esto. Y, finalmente, se da la situación, relativamente novedosa, de América Latina. Es excepcional, pues la persecución proviene de gobiernos que no solamente se autoproclaman cristianos, sino que buscan mantener buenas relaciones con la Iglesia institucional y a veces incluso afirman que están actuando en su nombre. En estos casos la persecución no va dirigida contra la institución en sí misma, puesto que existe libertad de religión y de culto, al menos en teoría. Va dirigida contra aquellos cristianos que, como consecuencia directa de su fe, se han comprometido en la búsqueda de una mayor justicia social y en la defensa de los derechos humanos fundamentales.



Este ha sido el caso no sólo en El Salvador, sino en toda América Latina, donde los estados de seguridad nacional justificaban el uso de un poder absoluto para mantener el *status quo* y erradicar la llamada "amenaza" del comunismo internacional. Cualquier llamada al cambio, especialmente al cambio dirigido a ayudar a que los grupos marginados tengan el lugar que les corresponde en la sociedad, fue etiquetado inmediatamente de subversivo y bárbaramente suprimido. Y también jugaron un papel importantes intereses geopolíticos más amplios. Poco después de la Conferencia de Medellín, Nelson Rockefeller hizo su famosa y vertiginosa gira por 22 países latinoamericanos, y llegó a la conclusión de que, si la Iglesia latinoamericana ponía en práctica los acuerdos a los que se llegó en Medellín, los intereses de Estados Unidos en la región estarían en peligro.

⁶ *La Iglesia en El Salvador*, UCA Editores, 2a. ed., 1982, *cfr.* pp. 18-20.

Algunos años después ese peligro fue analizado en mayor detalle en los dos documentos de Santa Fe, que tuvieron un fuerte influjo en la política de Estados Unidos hacia América Latina durante las dos administraciones de Reagan. La teología de la liberación fue vista como amenaza que debía ser contrarrestada, las políticas de derechos humanos debían ser abandonadas en favor del realismo político y ético, y se pidió apoyo para sectas fundamentalistas —con frecuencia importadas del Norte— con la intención de socavar el trabajo normal de las Iglesias establecidas. En la esfera política, se mantuvo en el poder a dictadores sin escrúpulos, se financió y reforzó el aparato militar, se protegió a élites corruptas y se toleraron masacres junto a otras violaciones de derechos humanos, y en ocasiones todo ello fue encubierto.

Este era el contexto en el que Monseñor Romero comenzó su ministerio arzobispal de San Salvador, que duró tres años. Su elección para el cargo no era evidente en modo alguno. Tímido, distante, dubitativo, conservador en ideas y en praxis, su trayectoria en el pasado no le hacía el candidato preferido para la mayoría de sacerdotes de la arquidiócesis ni para su predecesor Monseñor Chávez y González que se retiraba después de treinta y ocho años. El arzobispo y los sacerdotes querían a Monseñor Rivera Damas, auxiliar de San Salvador y firme defensor de la Iglesia post-Medellín. Pero Monseñor era el candidato del nuncio, quien había consultado al gobierno, a los militares, al círculo de negocios y a las señoras de la alta sociedad, que sentían que él sería “uno de nosotros”. Cuando se hizo el anuncio del nombramiento hubo una avalancha de protestas y un desánimo generalizado entre los más progresistas. Monseñor Ricardo Urioste, quien llegaría a ser su vicario general y quien está con nosotros esta tarde, manifestó: “En Chiltiupán estaba en un cursillo de promoción popular. ¡Olvidémonos! Este hombre va a acabar con todo esto- me dice otro cura. Corrí a San Salvador. Le puse un telegrama a Monseñor Chávez. De despedida. Y a Rivera otro. De simpatía. Era a él a quien esperábamos de arzobispo. A Monseñor Romero no le puse ninguno, no lo felicité, no era sincero por mi parte. Estaba profundamente disgustado”⁷. Un jesuita muy conocido, quien después trabajaría también muy cercanamente con Monseñor Romero, le envió un telegrama de sólo dos palabras: “Lo lamento. Ibañez”⁸.

La historia de la conversión de Monseñor Romero, aunque él prefería hablar de redescubrir sus raíces, es bien conocida, pero merece la pena volver a contarla. No hay que exagerar su importancia, pero el asesinato, tres semanas después de que Monseñor Romero hubiese tomado posesión del arzobispado, de Rutilio Grande,

⁷ *Piezas para un retrato*, UCA Editores, 3a. ed., 1995, pp. 75-76.

⁸ *Ibid.*, p. 76.

un joven sacerdote jesuita salvadoreño, junto con un anciano y un muchacho de quince años cuando iban a celebrar la eucaristía en la pequeña ermita de El Paisnal, un pueblito a unas treinta millas al norte de la capital, le produjo un impacto profundo y duradero. Monseñor y Rutilio se habían conocido diez años antes, cuando ambos vivían en el seminario diocesano, Monseñor Romero como secretario de la Conferencia Episcopal y Rutilio como profesor y prefecto de los seminaristas. En cuanto se enteró del asesinato, Monseñor abandonó la capital y fue a la iglesia de Aguilares donde yacían los tres cadáveres. Allí celebró misa con el provincial de los jesuitas, y entonces, con los campesinos que habían llegado de los lugares vecinos pasó parte de la noche en oración y escuchando consejos sobre lo que se debía hacer.

Cuando Monseñor Romero recordaba esos momentos decía que aquella noche leyó el evangelio de manera distinta a través de los ojos de los pobres y oprimidos. Empezó a entender lo que dice Jesús, y, por lo tanto, lo que él, como arzobispo, debiera estar diciendo a los despreciados, a los perseguidos y a los marginados. Como más tarde se lo dijo a César Jerez, provincial de los jesuitas, "cuando yo lo miré a Rutilio muerto, pensé: si lo mataron por hacer lo que hacía, me toca a mí andar por su mismo camino"⁹. A la mañana siguiente regresó a la capital, convocó a sus sacerdotes y asesores y decidió tras largas discusiones, a veces difíciles, boicotear todas las celebraciones y reuniones oficiales con el presidente de la República hasta que se llevase a cabo una investigación oficial. Nunca existió tal investigación, y Monseñor Romero, durante todo su ministerio arzobispal, nunca se hizo presente a dichas reuniones, ni siquiera en la toma de posesión del presidente del país. También tomó la decisión de suspender las clases en todos los colegios católicos durante tres días, invitando, tanto a los alumnos como a los profesores, a reflexionar sobre lo que había sucedido. Finalmente, aun con la fuerte oposición eclesiástica del nuncio papal, decidió suspender todas las misas del domingo siguiente en la capital y celebrar sólo una misa en catedral con todos sus sacerdotes, como señal de protesta contra el gobierno y como solidaridad con Rutilio y con la causa por la que murió. La misa fue concelebrada por más de 150 sacerdotes, y había en la plaza unas cien mil personas, una de las mayores muchedumbres que se han visto en el país. En las calles alrededor de catedral se podían ver largas filas de personas que iban a confesarse. Para muchos, y no sólo para Monseñor, esto significó un momento crucial en sus vidas.

El resto, como suele decirse, ya es historia. El escrito sobre La Iglesia en El Salvador, ya citado, habla de "un milagro que duró tres años"¹⁰. Monseñor Romero,

⁹ *Ibid.*, p. 149.

¹⁰ *La Iglesia en El Salvador, op. cit.*, p. 35.

visiblemente crecido en energía y convicción, se convirtió en el defensor de los oprimidos, en "la voz de los que no tenían voz", en la conciencia de toda una nación. Sus homilias dominicales en catedral, que, hacia el final, duraban hora y media, eran escuchadas—cuando la emisora diocesana estaba en el aire— por amigos y enemigos en todo el país, y también por muchos en el extranjero. Sus enemigos le llamaron agitador, comunista, falso sacerdote, maquinador para realizar sus ambiciones. Algunos de los ataques —y esto es lo que más le dolía— provenían de sus hermanos obispos. Cuenta en su diario cómo Monseñor Rivera le dijo que los otros cuatro obispos estaban preparando un documento secreto denunciándolo a Roma "de asuntos de fe, de politización, de una pastoral con bases teológicas falsas y un conjunto de acusaciones que ponen completamente en entredicho mi ministerio episcopal"¹¹. Pero añade: "A pesar de lo grave, he sentido mucha paz. Reconozco ante Dios mis deficiencias, pero creo que he trabajado con buena voluntad y lejos de las cosas graves de que se me acusa. Dios dirá la última palabra". Pero Roma también prestaba atención a estas acusaciones. En poco más de un año no menos de tres visitadores apostólicos fueron enviados para examinarle, mientras que la congregación de obispos, bajo el cardenal Baggio, consideró seriamente la posibilidad de imponerle un administrador apostólico con plenos poderes para gobernar la diócesis. Y es voz común que, así como Monseñor Romero se sintió confirmado en su ministerio en su visita al papa Pablo VI, su primer encuentro con el papa Juan Pablo II le dejó triste y descorazonado.

Para el gobierno y los militares Monseñor fue una amenaza constante, una



espina que tenían clavada, una voz subversiva que debía ser silenciada. La emisora del arzobispado fue dinamitada dos veces -y me alegra poder decirles que fue reparada con donaciones de cristianos de este país-. Pero, en definitiva, los poderosos y los ricos no vieron otra solución más que

¹¹ *Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Su diario, Arzobispado de San Salvador 1989, p. 193.*

silenciarlo para siempre. Lo asesinaron de un disparo la tarde del lunes 24 de marzo de 1980 mientras celebraba la eucaristía en la capillita del Hospital de la Divina Providencia -donde vivía- exactamente un día después de que hiciese una vigorosa llamada a las bases de la fuerza armada y a los cuerpos de seguridad para que escucharan la voz de su conciencia y dejaran de obedecer órdenes inmorales de sus superiores para torturar y matar a sus compatriotas salvadoreños. La investigación oficial del crimen fue una farsa, pues ni siquiera llegó a completarse, ya que el juez a cargo del caso dimitió y tuvo que huir del país después de sufrir un atentado contra su vida en su propia casa. Pero la Comisión de la Verdad, organizada por las Naciones Unidas para cumplir con los acuerdos de paz, acusó claramente al mayor Roberto D'Abuisson, conocido coordinador de escuadrones de la muerte, quien después llegó a ser presidente de la Asamblea Nacional y fundador de ARENA, el partido político que ahora gobierna en el país. Nunca pudieron pensar los responsables de su asesinato que la voz y la presencia de Monseñor Romero seguirían con vida y que hoy su palabra y ejemplo siguen dando esperanza y valor a miles de salvadoreños y a mucha gente alrededor del mundo, como nosotros que estamos aquí reunidos esta tarde.

Con frecuencia me he preguntado qué es lo que hace de Monseñor Romero una figura tan atractiva e irresistible. Lo discutimos este año en mi parroquia con ocasión del XVIII Aniversario de su asesinato. Hablamos de su humildad, su sencillez, su humanismo, su honradez transparente, su valentía. Sentíamos que teníamos a un santo muy cerca de nosotros o, como alguien dijo, casi a nuestro nivel. El mismo Monseñor dijo sobre su nombramiento: "Me presenté a vosotros débil y temeroso. ¡Sabe Dios cuánto me costó venir a la capital a mí también! Qué tímido me he sentido ante ustedes. Si no hubiera sido por el apoyo, que, como Iglesia, me han dado y han hecho de su obispo ustedes este signo del cristianismo"¹². Monseñor Urioste -espero que me perdonará por citarle de nuevo- ha explicado bien cómo Monseñor Romero, a la edad de sesenta años, regresó a la escuela. Pero sus profesores no fueron profesores de universidad o teólogos profesionales. Fueron los campesinos, sencillos, sin mucha educación, quienes llegaban en grandes grupos a su oficina desde todos los lugares del país para explicarle su situación y para encontrar su comprensión y apoyo.

Coralía Godoy, que a veces le ayudaba como secretaria, y quien también está hoy con nosotros, explica la confusión que esto causaba en la oficina y en la agenda del día. Trató de mejorar la organización con un nuevo sistema, pero finalmente Monseñor Romero lo rechazó diciendo:

¹² *Homilias*, 5 de febrero, 1978: Vol III, p. 191.

Creo que esa programación no se va a poder. No, porque yo tengo mis prioridades. Y con programación o sin ella, siempre voy a recibir primero a cualquier campesino que llegue aquí, en el día o a la hora que sea, esté o no en reunión... Mis hermanos obispos todos tienen carro, los párrocos pueden tomar el bus y no tienen mayor problema en esperar. ¿Pero los campesinos? Vienen caminando leguas, con tantos peligros, y a veces no han comido¹³.

Otro aspecto muy atractivo de la personalidad de Monseñor Romero era su disponibilidad a admitir sus errores. Ejemplo notable de esto fueron dos visitas que hizo a la comunidad cristiana de Zacamil, un barrio pobre en las afueras de la ciudad. La primera, en 1972, cuando era auxiliar de San Salvador, fue por invitación del Padre Pedro Declercq, un misionero belga. La excusa era celebrar la eucaristía, pero lo que realmente querían era discutir un pronunciamiento de la Conferencia Episcopal, firmado por Monseñor Romero. En él se mostraba comprensión por el saqueo de la Universidad Nacional, llevado a cabo por el ejército, en el que hubo una gran destrucción, muchas personas fueron golpeadas y unas 80 fueron asesinadas¹⁴. Empezó la celebración de la eucaristía, pero en un momento de la homilía comenzó la discusión sobre la universidad. El Padre Pedro condenaba la violencia y la injusticia, mientras Monseñor Romero defendía la acción del ejército debido a que había infiltración comunista entre los estudiantes, y citaba como apoyo a sus palabras lo que decía un obispo chileno conservador. La discusión subió de tono en medio de acusaciones mutuas. Por fin Monseñor dijo: "El trabajo que ustedes hacen aquí es político, no pastoral. No me han invitado para celebrar la eucaristía, sino a un mitín subversivo". En ese momento el Padre Pedro se quitó el alba y la estola y las puso sobre el altar diciendo: "No podemos celebrar la eucaristía en estas condiciones. No habrá misa". Monseñor Romero recogió sus documentos y se marchó solo. Seis años más tarde, cuenta la hermana Noemí que Monseñor regresó para una celebración de bienvenida que le habían preparado como nuevo arzobispo¹⁵. A nadie se le ocurrió decir una palabra sobre la primera visita, pero él la mencionó claramente desde el principio. "Ustedes se acuerdan que ni siquiera pudimos celebrar la eucaristía por la bronca que tuvimos". Nos quedamos en silencio, manteniendo la respiración. Apagamos la música, y al muchacho que estaba preparando los refrescos se le cayó la botella de las manos. Monseñor Romero prosiguió:

¹³ *Piezas para un retrato*, pp. 139-140.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 43-46.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 249-250.

Yo lo recuerdo muy bien y hoy, como pastor de ustedes, quiero decirles que ahora entiendo lo que sucedió y que públicamente ante ustedes admito que cometí un error. Yo estaba equivocado; ustedes tenían razón, y ese día ustedes me dieron una lección en la fe, una lección de lo que es la Iglesia. Por favor, perdónenme por lo que ocurrió.

Todos irrumpimos en lágrimas, jóvenes y viejos, y, después, un aplauso tremendo. Pusimos música y continuó la fiesta.

Sus dudas personales y el apoyarse en otros para obtener consejo y guía en modo alguno hacía disminuir la coherencia o la fuerza de su mensaje o el hecho de que en verdad era *su* mensaje. Solía censurar "una predicación que no se encarna en la realidad... consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie"¹⁶. La verdadera predicación de Cristo debiera despertar, iluminar e incomodar al pecador. "Naturalmente", sigue diciendo, "que una predicación así tiene que encontrar conflicto, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y el pecado"¹⁷. Monseñor Romero era sumamente consciente de su papel como profeta, o, más bien, como portavoz de todo un pueblo que era profético, cuya tarea era dejar que el espíritu hablara a través del pueblo y a través de él. De aquí que, además de consultar con muchas personas y de escuchar las voces de los pobres, pasaba horas de rodillas preparando sus homilias en la presencia de Dios en las primeras horas de la mañana. Al recordar uno de sus primeros sermones cuenta un testigo:

Al principio de la misa noté a Monseñor Romero sudando, pálido, nervioso. Y cuando comenzó la homilía me pareció lento sin la elocuencia que él siempre tenía, como dudando entrar por la puerta que la historia y Dios le estaban abriendo, pero después de cinco minutos, sentí que el espíritu de Dios bajaba sobre él¹⁸.

Esta presencia del Espíritu era la razón por la que Monseñor Romero tenía tal confianza en que "mi voz desaparecerá pero mi palabra que es Cristo quedará en los corazones que lo hayan querido acoger"¹⁹.

¹⁶ *Homilias*, 16 de abril, 1978: Vol IV, p. 162.

¹⁷ *Ibid.*, 22 de enero, 1978: Vol III, p. 164.

¹⁸ *Piezas para un retrato*, pp. 108-109.

¹⁹ *Homilias*, 17 de diciembre, 1978: Vol VI, p. 41.

¿Cuál fue el núcleo de su mensaje? Como él mismo lo repitió muchas veces, no era ni más ni menos que la llamada de los obispos latinoamericanos en Medellín, una llamada que ellos mismos confirmaron en la Tercera Conferencia General en Puebla, México, a la que Monseñor Romero asistió en 1979. Se identificó totalmente con la llamada de los obispos a "la conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral"²⁰. Era una llamada que él describió una vez como "el testimonio subversivo de las Bienaventuranzas que le han dado vuelta a todo"²¹. En un país desgarrado por la violencia y el derramamiento de sangre Monseñor Romero vio con toda claridad dónde estaba la raíz del problema:

Yo no me cansaré de señalar que si queremos de veras un cese eficaz de la violencia hay que quitar la violencia que está a la base de todas las violencias: la violencia estructural, la injusticia social, el no participar los ciudadanos en la gestión pública del país, la represión, todo eso es lo que constituye la causa primordial. De ahí, naturalmente, brota lo demás²².

Por lo tanto, concluía, es el deber de la Iglesia y de todos sus miembros "conocer los mecanismos que engendran pobreza, luchar por un mundo más justo, apoyar a obreros y campesinos en sus reivindicaciones y en su derecho de organización, estar muy cerca de la gente"²³. De ahí se sigue que la opción preferencial por los pobres es una invitación para la Iglesia como un todo, pero también para todo seguidor de Cristo, ricos y pobres:

Este es el compromiso de ser cristiano: seguir a Cristo en su encarnación, y si Cristo es Dios majestuoso que se hace hombre humilde hasta la muerte de los esclavos en una cruz y vive con los pobres, así debe ser nuestra fe cristiana. El cristiano que no quiere vivir este compromiso de solidaridad con el pobre, no es digno de llamarse cristiano²⁴.

Y añadía, "los pobres han marcado por eso el verdadero caminar de la Iglesia. Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar desde los pobres las injusticias que con ellos se cometen, no es verdadera Iglesia de Jesucristo"²⁵. El mismo

²⁰ *Puebla: La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, San Salvador, UCA Editores, 3a. ed., 1985, p. 233; n. 1134.

²¹ *Homilías*, 11 de mayo, 1978: Vol IV, p. 226.

²² *Ibid.*, 23 de septiembre, 1979: Vol VII, p. 294.

²³ *Ibid.*, 6 de agosto, 1979: Vol VII, p. 153.

²⁴ *Ibid.*, 17 de febrero, 1980: Vol VIII, p. 240.

²⁵ *Ibid.*, p. 233.

Monseñor reconoció que su propio encargo como arzobispo lo deducía directamente de esto: "esta denuncia... creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia. Me lo impone el evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel"²⁶.

No cabe duda de que esta postura significa conflicto. La voz de los que no tienen voz no puede prácticamente evitar convertirse en voz contra los que tienen demasiada voz. En su cuarta carta pastoral Monseñor Romero identifica tres modernos "ídolos sociales": la absolutización de la riqueza y de la propiedad privada, la absolutización de la seguridad nacional y la absolutización de las organizaciones políticas²⁷. Es deber de la Iglesia desenmascarar y denunciar estos ídolos en nombre del evangelio, tarea que necesariamente provocará oposición. Y advierte: "una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de las cosas de la tierra, ¡tenga miedo!; no es la verdadera Iglesia de Jesucristo"²⁸. Monseñor Romero fue incluso capaz de alegrarse de que sacerdotes y religiosos fuesen asesinados junto con obreros y campesinos, puesto que eso era un signo de autenticidad, de bendición de Dios:

Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres y decir a todo el pueblo, gobernantes, ricos y poderosos: si no se hacen pobres, si no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo como si fuera su propia familia, no podrán salvar a la sociedad²⁹.

Y el mismo Monseñor Romero, por supuesto, dio un admirable ejemplo de esta opción. En un momento importante de su vida, hizo públicamente voto de fidelidad a su pueblo: "quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, si no que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige"³⁰. Por eso cuando los militares le ofrecieron protección personal, pudo responder: "el pastor no quiere seguridad mientras no le den seguridad a su rebaño"³¹.

²⁶ *Ibid.*, 14 de mayo, 1978: Vol IV, p. 247.

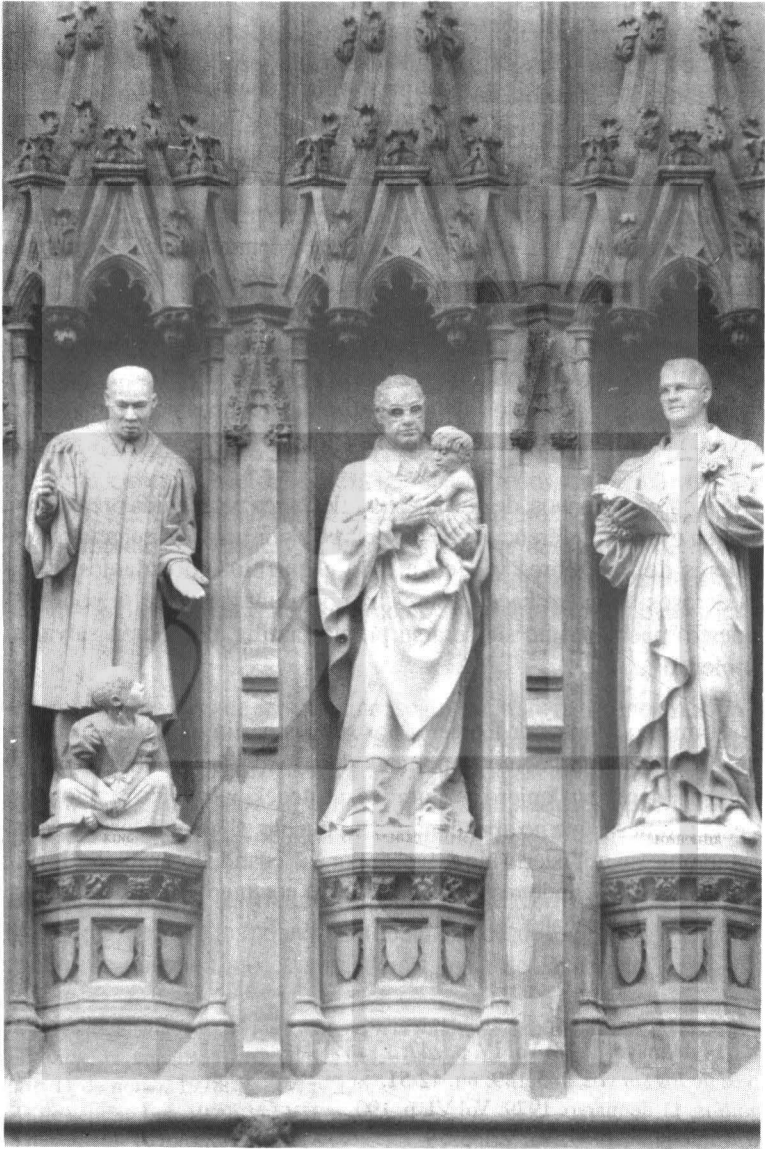
²⁷ *La voz de los sin voz*, 145-149: nn. 42-51.

²⁸ *Homilias*, 11 de marzo, 1979: Vol VI, p. 190.

²⁹ *Ibid.* 15 de julio, 1979: Vol VII, p. 79.

³⁰ *Ibid.*, 11 de noviembre, 1979: Vol VII, p. 432.

³¹ *Ibid.*, 22 de julio, 1979: Vol VII, p. 112.



Han pasado los años. Monseñor Romero, como muchos otros mártires en América Latina, aunque quizás más que la mayoría de ellos, ha resucitado verdaderamente en los corazones del pueblo que hace mucho tiempo lo ha canonizado como "San Romero de América". Hoy la situación es distinta y su país ya no está en guerra. Pero los pobres siguen siendo pobres, siguen siendo marginados, siguen sufriendo y en mayor número que nunca. Los expertos estiman que 170 millones de latinoamericanos viven por debajo de la línea de la pobreza y otros 170 millones en lo que llaman "pobreza crónica" o "miseria". Y la mayoría de los países latinoamericanos están ahora atrapados en modelos neoliberales de desarrollo, que confían en la globalización, privatización y desregularización. Los países ricos, representados por el Grupo de los Siete y las instituciones financieras internacionales bajo su control, imponen duros programas de ajuste estructural sobre países indefensos y esclavizados por la deuda, que no tienen más opción que la de aceptar y tratar de poner en práctica esas medidas, aunque saben muy bien que los primeros en sufrirlas serán la mayor parte de sus ciudadanos. Los resultados son predecibles: deshumanización del pueblo, de los trabajadores, de los marginados; reducción de programas sociales esenciales, especialmente en salud y educación; prioridad de redes de seguridad sobre programas globales; sometimiento de la moralidad a los dictados del mercado; promoción del individualismo, consumismo y desempleo estructural. Se suele argumentar que a la larga mejorará la suerte del pueblo. Pero, como una vez hizo notar Lord Keynes, "a la larga todos estaremos muertos".

El mensaje de Monseñor Romero, por lo tanto, sigue siendo hoy tan relevante como lo fue hace veinte años. Desafortunadamente, también produce los mismos conflictos. Aunque sea difícil de creer, el obispo Monseñor Revelo, quien fue su auxiliar, declaró en presencia del Papa durante su visita a El Salvador en 1996 que Monseñor Romero era responsable de la muerte de 70 mil salvadoreños. También hay algunos que, cuando su proceso de canonización avanza ahora lentamente por los vericuetos romanos, buscan aguar su mensaje, debilitar su imagen. Pero, como lo muestra claramente el reciente y cruel asesinato de Monseñor Juan Gerardi en Guatemala, siguen todavía presentes y activas en la sociedad latinoamericana las mismas fuerzas del mal. Como Monseñor Romero, también Monseñor Gerardi fue un defensor inflexible de los derechos humanos y trabajó para hacer pública la verdad de la larga y horrible persecución de los pueblos indígenas a manos de las fuerzas armadas, una persecución que él mismo presenció y sufrió siendo obispo de Verapaz y Santa Cruz del Quiché. Una vez más, una voz que sabía demasiado tuvo que ser silenciada por aquellos dispuestos a asesinar impunemente, cuando consideran que están en juego sus intereses personales. Y por mencionar sólo El Salvador, las cosas no fueron muy diferentes en el caso de los seis jesuitas mártires

de la UCA, juntamente con una empleada y su hija, en el de las tres religiosas norteamericanas y la misionera laica que trabajaba con ellas, en el del obispo Joaquín Ramos y once sacerdotes diocesanos y, como ha escrito Jon Sobrino, de "muchos otros agentes de pastoral y misioneros laicos, delegados y celebradores de la palabra, catequistas, sacristanes, trabajadores de Cáritas y de grupos de derechos humanos; muchos hermanos y hermanas protestantes, pastores y ministros, diáconos y predicadores, innumerables campesinos, indígenas, obreros, estudiantes, maestros, periodistas, enfermeras, médicos, intelectuales, perseguidos y asesinados por el reino de Dios"³².

En respuesta a la invitación del Papa en su carta sobre el Tercer Milenio, comunidades cristianas y parroquias de todo el país, y sin duda también de muchos otros países, están ahora confeccionando listas de sus mártires con la idea de recopilar un martirologio del siglo XX que será presentado en las celebraciones oficiales planificadas para el año 2000³³. Los motivos no son venganza ni recriminación, sino el reconocimiento de que *sanguis martyrum, semen christianorum*³⁴ ("la sangre de mártires es semilla de cristianos"). Al acercarse el final del segundo milenio la Iglesia vuelve a ser una Iglesia de mártires, cuya sangre hará nacer, generará esperanza y dirección a los cristianos del nuevo milenio. En este gran ejército de mártires modernos, muchos de los cuales permanecerán prácticamente desconocidos y nunca serán canonizados oficialmente, sobresale Monseñor Romero como una especie de prototipo y modelo. Jon Sobrino, de nuevo, escribe: "en vida fue 'voz de los sin voz'. En muerte es 'nombre de los que han quedado sin nombre'"³⁵.

El hecho de que la Iglesia anglicana ha decidido honrar a un obispo de la Iglesia católica en este lugar, uno de sus santuarios centrales y más venerados, es una prueba de que Monseñor Romero se ha convertido en propiedad de todos, un santo universal para nuestro tiempo. Un visitante francés nos dijo: "Les tengo malas noticias. Monseñor Romero ya no es de ustedes. Nos pertenece a todos". Y es verdad que hoy su memoria es venerada por cristianos de todas las denominaciones, por no cristianos, por marxistas e incluso por agnósticos. Su canonización oficial por la Iglesia católica confirmará lo que ya es reconocido en todo el mundo: he ahí un hombre honesto y justo, cuya vida y muerte tienen mucho que decir a un mundo moderno que necesita escucharlo. Mi oración y mi esperanza

³² *Liberación con Espíritu*, San Salvador, UCA Editores, 1987, p. 109.

³³ *Ver Tertio Millennio Adveniente*, Juan Pablo II, n. 37.

³⁴ *Apologeticus*, Tertuliano, n. 50.

³⁵ *Monseñor Romero*, San Salvador, UCA Editores, 2a. ed., 1994, pp. 63-64.

es que esta estatua, que ahora embellece la fachada occidental de esta gran abadía, hará recordar no sólo su persona y el sacrificio de su vida, si no lo que Monseñor tiene que decimos sobre el auténtico seguimiento de Cristo hoy. Estoy convencido de que su mensaje se dirige a todos nosotros. No tiene pelos en la lengua: "es inconcebible que alguien se diga 'cristiano' y no tome como Cristo, una opción preferencial por los pobres"³⁶. Y una vez más: "un cristiano que defiende posiciones injustas... ya no es cristiano"³⁷. "El rico que está de rodillas ante su dinero, aunque vaya a misa, es un idólatra, no es un cristiano"³⁸. Y una advertencia: "es una caricatura del amor cuando se quiere apañar con limosnas lo que ya se debe por justicia. Apañar con apariencias de beneficencia cuando se está fallando en la justicia social"³⁹. Finalmente, la pregunta decisiva:

¿Quieren saber si su cristianismo es auténtico? Aquí está la piedra de toque. ¿Con quiénes estás bien, quiénes te critican, quiénes no te admiten, quiénes te halagan? Conoce allí que Cristo dijo un día: "no he venido a traer la paz sino la división; y habrá división hasta en la misma familia" , porque unos quieren vivir más cómodamente, según los principios del mundo, del poder y del dinero, y otros en cambio han comprendido el llamamiento de Cristo y tienen que rechazar todo lo que no puede ser justo en el mundo⁴⁰.

Su palabra franca, el ejemplo que dio y el tipo de persona que fue ha hecho que los pobres en El Salvador y en muchos otros países todavía lo vean como su salvador, como a un padre. Quiero terminar este breve discurso, en el que he tratado de que reviva el espíritu de Monseñor Romero a través de sus propias palabras, con el testimonio de alguien que, temprano de mañana, fue a catedral a rezar a su tumba.

Una mañana de invierno, el cielo cerrado en agua, un hombre harapiento, pelo encolochado por el polvo, camisa de hoyos, limpia con esmero esa tumba, valiéndose de uno de sus harapos. Apenas amanece pero él ya está activo y despierto. Y aunque el harapo está sucio de grasa y tiempo, va dejando brillante la lápida.

³⁶ *Homilias*, 9 de septiembre, 1979: Vol. VII, p. 236.

³⁷ *Ibid.*, 16 de septiembre, 1979: Vol VII, p. 262.

³⁸ *Ibid.*, 11 de noviembre, 1979: Vol VII, p. 426.

³⁹ *Ibid.*, 12 de abril, 1979: Vol VI, p. 276.

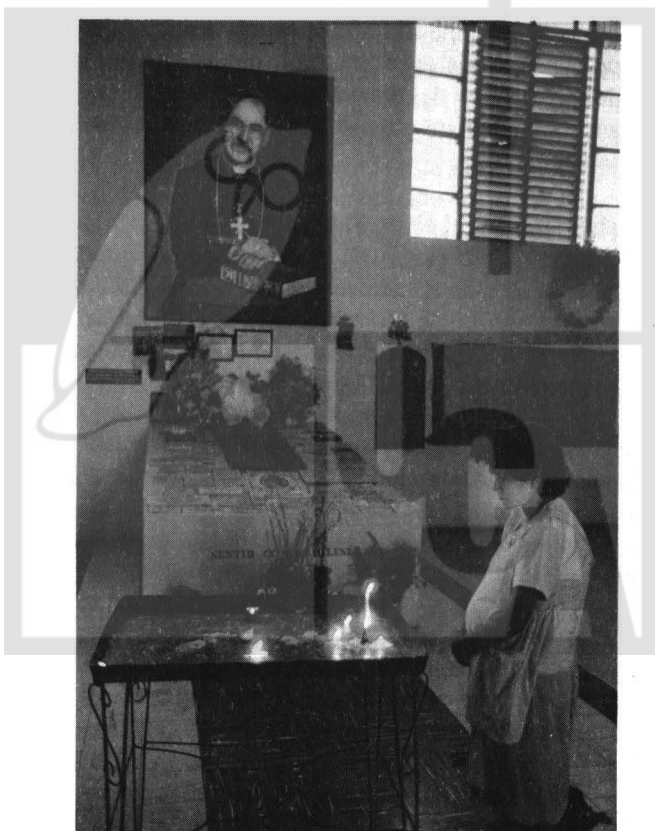
⁴⁰ *Ibid.*, 13 de noviembre, 1977: Vol. I-II, p. 323.

Al terminar, sonrío satisfecho. A aquella hora temprana no ha visto a nadie. Tampoco nadie lo ha visto. Yo sí lo vi.

Cuando sale a la calle, necesito hablar con él. -Y usted, ¿por qué hace eso? -¿El qué hago...? -Eso, limpiar la tumba a Monseñor. -Porque él era mi padre. -¿Cómo así...?

-Es que yo no soy más que un pobre, pues. A veces acarreo en el mercado con un carretón, otras veces pido limosna y en veces me lo gasto todo en licor y paso la goma botado en la calle... Pero siempre me animo: ¡son babosadas, yo tuve un padre! Me hizo sentir gente. Porque a los como yo él nos quería y no nos tenía asco. Nos hablaba, nos tocaba, nos preguntaba. Nos confiaba. Se le echaba de ver el cariño que me tenía. Como quieren los padres. Por eso yo le limpio su tumba. Como hacen los hijos, pues⁴¹.

⁴¹ *Piezas para un retrato*, p. 398-399.



II. El proceso de canonización en Roma

La "canonización popular" de Monseñor Romero comenzó muy pronto después de su muerte. Su pueblo, los pobres sobre todo, enseguida le llamaron pastor, profeta y mártir. Y enseguida también, don Pedro Casaldáliga escribió su inmortal poema "San Romero de América". A esa "canonización popular" se ha unido desde algunos años el proceso de "canonización oficial". He aquí los momentos más importantes de ese proceso.

El 24 de marzo de 1990, con motivo del X Aniversario del asesinato de Monseñor Romero, se inició el proceso de canonización, en la fase diocesana. Se comenzaron las investigaciones previas sobre sus escritos.

En el mes de mayo de 1993, Monseñor Arturo Rivera y Damas recibió la **Solicitud de Introducción de la Causa de Canonización de Mons. Oscar A. Romero Galdámez**, quien solicitó a la Sagrada Congregación de los Santos el *Nihil Obstat*, el cual fue otorgado el día 22 de septiembre de 1993.

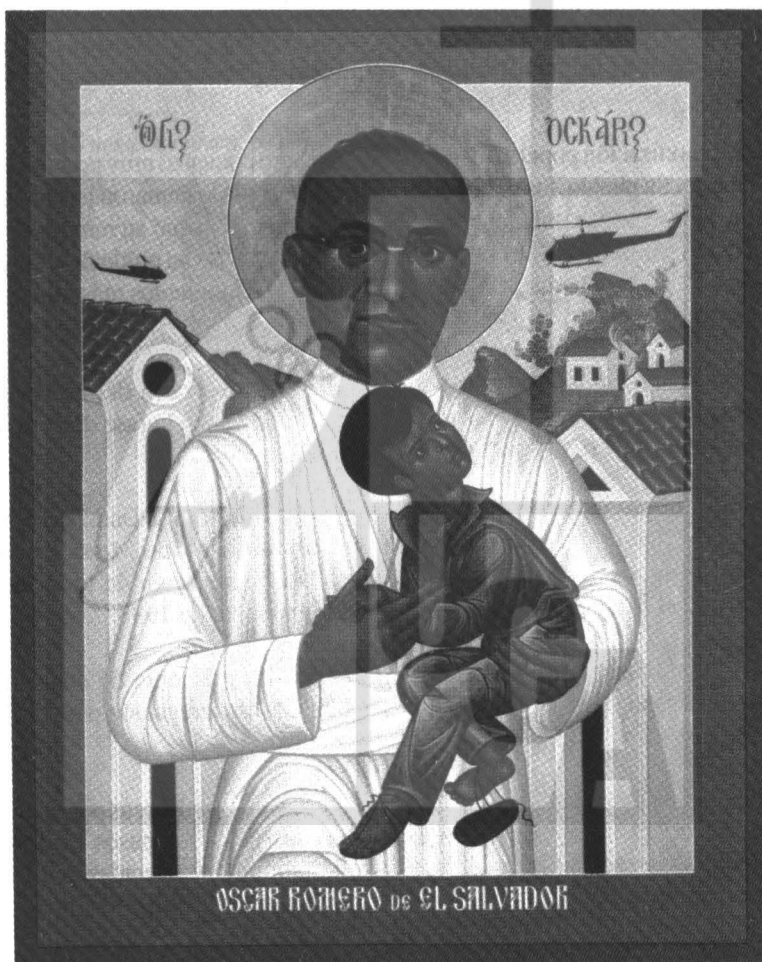
El 1 de noviembre de 1996, se llevó a cabo la ceremonia de clausura del proceso diocesano, el cual pasó a Roma a la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos.

Finalmente, el 4 de julio de 1997 se recibió de Roma el decreto por medio del cual se acepta la Causa como válida, debido a que todos los pasos dados en el proceso diocesano están hechos de acuerdo a las normas establecidas, por lo cual sólo queda el estudio de la misma en la Sagrada Congregación.

Estos son, en síntesis, los momentos más importantes del proceso oficial. Según

los expertos se considera que el proceso está avanzado. Falta el dictamen de la Congregación de los Santos y la aprobación del Papa.

A continuación ofrecemos unas reflexiones del P. Jon Sobrino, S.J. sobre este proceso, su significado y su relación con la canonización popular de la que hemos hablado.



Reflexiones sobre el proceso de canonización de Monseñor Romero

Jon Sobrino, S.J.

Este año celebramos el XVIII Aniversario del martirio de Monseñor Romero cuando ya está en marcha el proceso oficial de su canonización. En este escrito queremos reflexionar sobre dicho proceso, pero no tanto sobre lo que tiene de procedimiento eclesialístico, sino sobre su significado actual para la Iglesia y el pueblo. Lo vamos a hacer enunciando y comentando seis breves proposiciones.

1. Antes de la canonización oficial ya ha tenido lugar la canonización popular de Monseñor Romero. El hecho es evidente, y de esta canonización popular vive la canonización oficial.

Aunque sea conocido, hay que recordarlo porque es fundamental para reflexionar adecuadamente sobre la canonización oficial de Monseñor. A los pocos días de su asesinato, don Pedro Casaldáliga –profeta certero y portador de buenas nuevas– escribió, agradecido, su conocido poema “San Romero de América”. La realidad tomaba la palabra en la pluma de don Pedro y pronunciaba la expresión que reserva para momentos de singular importancia: “santo”. Y es que en un mundo como el nuestro, de crueldad y mentira, de vez en cuando hace su aparición lo humano cabal, la compasión sin componendas, la verdad sin segundas intenciones, el compromiso hasta el final. Y entonces, con sorpresa, con gozo –también con el sentimiento de ser interpelados– y sobre todo con agradecimiento, a los seres humanos se nos escapa la palabra “santo”.

El pueblo –“su pobrería” sobre todo– lo vio así desde el principio. Sin mucha

ciencia ni derecho canónico, pero con un gran *sensus fidei*, con el sentido innato que discierne entre lo bueno y lo malo, la auténtico y lo falaz, que discierne sobre todo la presencia de Dios en nuestro mundo, en seguida llamó a Monseñor Romero profeta, pastor y mártir. Certeramente expresó desde el principio esta triple realidad con palabras como éstas: "Monseñor Romero dijo la verdad, nos defendió a nosotros de pobres y por ello lo mataron". Y dio un paso más, verdaderamente audaz si no da por supuesto, aceptando con entusiasmo que Monseñor Romero era santo, y además un santo suyo, como no lo son otros santos, más distantes que Monseñor en el espacio y en el tiempo.

Este es el hecho mayor. En vida "el pueblo te hizo santo", dice don Pedro. Ahora ese mismo pueblo lo quiere como a un santo, pero no sólo como a un santo "de altar", que intercede y concede favores, sino también como a un santo "de familia", a quien se le quiere entrañablemente. De ahí también –de nuevo don Pedro– que "sería pecado querer canonizarlo".

De santo salvadoreño Monseñor se convirtió muy pronto en santo universal. "Les tengo una mala noticia", dijo alguien venido de Francia. "Monseñor Romero ya no es de ustedes. Es de todos". Y así es. Católicos, cristianos de todas las confesiones, incluso algunos miembros de comunidades y asambleas evangélicas, lo hacen suyo. Y también marxistas y hasta agnósticos. Y es que ser santo es ser cabal, y esto lo capta bien y lo agradece mucha gente en todo el mundo.

Y por lo que toca al tiempo, los años transcurridos desde su asesinato no han llevado a "descanonizar" a Monseñor, como pudiera haber sucedido, sino que, por el contrario, lo canonizan más y con todas las señales que acompañan a una canonización popular. Canonizado está ya el "tiempo": no hace falta explicar qué quiere decir "el 24 de marzo", como no hace falta explicar qué quiere decir el 24 de diciembre o aquí en El Salvador el 15 de septiembre. Canonizado está también el "lugar", convertido, como Belén o el Calvario, en lugar sagrado de peregrinación. Y así no hace falta explicar qué significa "el hospitalito", a donde llegan peregrinos con devoción sentida –probablemente mayor que con la que llegan a otros santuarios– pues allí se respira todavía profecía, buena noticia y martirio. Canonizado está su "recuerdo" con la publicación de sus escritos, homilías, discursos, diario, traducidos a numerosos idiomas, y con la publicación de otros muchos escritos sobre él, afiches, estampas, poesías, corridos, óperas, películas, con innumerables instituciones que llevan su nombre... No podemos asegurarlo con certeza, pero Monseñor Romero bien pudiera ser el mártir y personaje religioso de nuestra época que ha tenido mayor impacto. En la abadía de Westminster su figura estará desde el próximo mes de julio como uno de los diez mártires de este siglo.

Y la piedad popular, a su modo, pero certeramente, le adjudica lo que es típico de los santos canonizados: Monseñor Romero intercede por los necesitados, hace milagros, como lo dicen las placas sobre su tumba y los innumerables papelitos, escritos con letra de pobres, que, lamentablemente, no han sido conservados. Una sencilla campesina de Guazapa contaba un milagro que le había hecho Monseñor, y añadía, orgullosa, "éste es el primer milagro que hizo Monseñor Romero" – como en el evangelio de Juan. Qué milagros sean éstos, no es pregunta muy importante ahora. Lo importante es que con ellos la gente expresa que así como Monseñor en vida estuvo en su favor, así lo sigue estando ahora: hace favores, a los pobres sobre todo, cuando muy poca gente se preocupa de ellos.

En conclusión, la canonización popular de Monseñor Romero es un hecho evidente. Ocurre como en las canonizaciones por aclamación popular del cristianismo primitivo, pero añadiendo un matiz importante: Monseñor Romero es aclamado porque es querido, y es querido porque él en verdad amó a su pueblo.

Ese es el hecho mayor. Y digamos para terminar que esta "canonización popular" es lo que da sentido a la canonización oficial. Ambas responden a distintos ámbitos de realidad y ambas son necesarias, pero no son lo mismo. Lo fundamental y primigenio es el conocimiento que tiene el pueblo de la presencia de Dios entre nosotros, en acontecimientos y personas, lo cual va acompañado de cariño, entusiasmo y esperanza. Lo derivado es el re-conocimiento que hace la Iglesia jerárquica, que reglamenta –canon significa regla– el entusiasmo y garantiza que no se cometan abusos.

2. El proceso de canonización oficial de Monseñor Romero no es evidente. Ha tenido que superar obstáculos importantes dentro de la Iglesia y de la sociedad civil. Es una victoria.

Más adelante analizaremos en positivo el significado del proceso oficial de canonización, pero comencemos diciendo que el de Monseñor Romero no ha sido nada evidente. Recordemos algunos datos importantes.

a) En vida, a diferencia, por ejemplo, con lo ocurrido con la madre Teresa de Calcuta, acogida y venerada por iglesias y gobiernos, Monseñor Romero no fue bien visto, en general, por la jerarquía eclesiástica. Es bien conocido que aquí, en El Salvador, Monseñor fue atacado por todos los obispos salvadoreños con la excepción de Mons. Rivera. Esto puede parecer hoy sorprendente y desconcertante, pero en su día fue de dominio público. Varias veces, sus hermanos obispos se

pronunciaron contra él. Cuando junto con Mons. Rivera publicó su tercera carta pastoral sobre "La Iglesia y las organizaciones populares" –magnífica carta tenida internacionalmente como pionera sobre el tema–, los otros cuatro obispos publicaron un breve mensaje en el que la contradecían prácticamente en todo. El mismo Monseñor dejó escrito en su diario espiritual, un mes antes de ser asesinado, que uno de sus grandes problemas, junto al miedo a la muerte que preveía cercana y su vida espiritual –preocupación ésta de alma delicada–, eran sus hermanos obispos. "Otro aspecto de mi consulta espiritual... fue mi situación conflictiva con los otros obispos" (25 de febrero de 1980). De hecho, sólo Mons. Rivera asistió a su entierro. Y hasta el día de hoy, algunos de ellos siguen expresándose en su contra. En la reciente visita de Juan Pablo II a El Salvador, en 1996, cuando el papa preguntó a los obispos qué pensaban de la canonización de Monseñor Romero, el entonces presidente de la conferencia episcopal respondió que había sido responsable de 70,000 muertos.

Y en el Vaticano las cosas no fueron muy diferentes. El nuncio estaba en su contra. En la congregación para los obispos se pensó seriamente en destituirlo o anularlo, dejándolo como figura decorativa con un administrador sede plena con plenos poderes. En poco más de un año el Vaticano envió tres visitadores apostólicos –medida extrema que normalmente se utiliza cuando hay serios y graves problemas



en una diócesis. Con el papa Pablo VI le fue bien, y salió confortado de su visita en 1977, pero la primera visita a Juan Pablo II fue dolorosa, pues el papa no pareció apreciar la gravedad de la persecución a la Iglesia sal-vadoreña y más bien le puso en guardia de hacer el juego al comunismo. Muy distinta será su actitud posterior pero, en aquel entonces, Monseñor Romero dejó el Vaticano triste y lloroso, buscando consuelo en el cardenal Pironio y en el padre Arrupe, expertos también en incomprensiones vaticanas.



Después de su asesinato – aunque no fuese más que por pudor– la tesis oficial, que sospechaba del ministerio de Monseñor, se hizo más benigna, pero en definitiva seguía siendo de desaprobación hacia su persona: Monseñor habría sido una buena persona, pero ingenuo y sin personalidad, de lo cual otros se aprovecharon para manipularlo, sobre todo los jesuitas. La verdad es que Monseñor Romero, con su fidelidad a Medellín y Puebla, al evangelio y a los pobres, introducía el conflicto en la Iglesia, sacaba a luz actitudes eclesiales poco coherentes y con su ejemplo interpelaba a la honradez. Por ello, la oposición fue honda y las cosas sólo cambiaron con el viaje de Juan Pablo II a El Salvador en 1983. En aquellos años, nada hacía pensar que la Iglesia oficial estuviese interesada en canonizar a Monseñor.

b) La segunda dificultad para la canonización, no decisiva, pero que sí hay que tener en cuenta de alguna forma, proviene del conflicto que aquélla puede generar con gobiernos y otros poderes, conflictos que, en la medida de lo posible, se desean evitar. En el caso de Monseñor –y dada la cercanía de los hechos– la canonización es objetivamente una provocación –inevitable, no antojadiza– para muchos de los poderosos en El Salvador. En efecto, al canonizarlo, se está proponiendo como cristiano y como ser humano ejemplar, digno de imitación y beneficioso para el país, a quien ha sido odiado y difamado hasta el extremo.

Y este conflicto se agrava, al canonizarlo como mártir, pues "mártir" supone haber sido asesinado, y ello remite por necesidad a sus verdugos. Dada la cercanía de los hechos, muchos de los responsables intelectuales y materiales del asesinato y muchos de los que lo apludieron siguen vivos –y son personas prominentes en el país y en el partido en el gobierno. La Comisión de Naciones Unidas lo dijo lapidariamente en el Informe de la Verdad: "El exmayor Roberto D'Aubuisson dio la orden de asesinar al arzobispo y dio instrucciones precisas a miembros de su entorno de seguridad, actuando como 'escuadrón de la muerte', de organizar y supervisar la ejecución del asesinato". Mons. Rivera lo recordó con valentía poco antes de las elecciones presidenciales de marzo de 1994, relacionándolo con el partido en el poder: "Lo quieran o no, la sombra de este crimen sacrilego persigue a quienes, aun después de catorce años, siguen impenitentes idolatrando al hombre que quiso resolver los problemas de El Salvador a sangre y fuego".

En la actualidad, esos mismos grupos siguen sin reconocer las virtudes de Monseñor Romero y siguen repitiendo que fue nefasto, que sobrepasó el límite de lo religioso, como dice el candidato de ARENA. Además, un miembro del gobierno actual ha dicho sin tapujos: "Mons. Romero: un desastre. Mayor D'Aubuisson: un mártir". Siguen, pues, aclamando al responsable de su asesinato, sin expresar ningún tipo de arrepentimiento ni reparación por lo ocurrido. Difaman o silencian a la víctima y ensalzan y aclaman al asesino. De ahí la conclusión de Mons. Rosa: "Los más declarados adversarios de la canonización de Monseñor Romero son los mismos que le hostigaron en vida, que le escribían cartas anónimas, acusándolo de ser comunista, y que por desgracia continúan hostigándolo incluso ahora".

Canonizar hoy a la víctima significa juzgar automáticamente –aunque después se otorgue perdón– a sus asesinos. Esto, en sí mismo, no facilita el proceso. Es claro que, en estos tres últimos años, la nunciatura y algunos obispos salvadoreños han dado gran importancia a la armonía y a las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado –y de ahí también que se invoque con ligereza la tesis del olvido–, aunque también hay que recalcar y agradecer que la comisión diocesana encargada del proceso haya dado muestras de independencia y firmeza al investigar el asesinato.

Dada la cercanía de los hechos y la actual situación del país, la canonización de Monseñor "chirría" objetivamente. Hasta el día de hoy, ni los gobiernos, ni los políticos habituales, ni la Fuerza Armada, ni la oligarquía, han pedido perdón por cómo lo trataron, ni mucho menos han mostrado agradecimiento por Monseñor. (Y habría que recordar también la oposición del gobierno norteamericano, sus presiones ante el Vaticano para callar a Monseñor –aunque para una superpotencia esta injusticia sea *peccata minuta*.)

A pesar de todo, la comisión sigue trabajando con decisión y el proceso sigue adelante. Lo que hace dieciocho años parecía impensable se ha hecho posible, y lo importante es saber por qué.

3. El proceso de canonización ha sido posible por la convergencia de varios factores. Dos de ellos, externos a Monseñor Romero, son el apoyo personal de Juan Pablo II y su peso mundial.

Más allá de cumplir a satisfacción –por lo que se conoce– los requisitos formales que se exigen en el proceso (constatación de su ortodoxia y sus virtudes, recopilación de testimonios en pro y en contra, evitar el culto público, etc.), éste ha sido posibilitado por varias cosas.

En primer lugar, Juan Pablo II cambió de postura hacia Monseñor y lo ha expresado claramente con sus hechos. Independientemente de las razones (el impacto personal de su martirio ante todo, mejor información, lectura de sus escritos), el hecho es innegable. En su visita a El Salvador en 1983, por deseo propio –y en contra del deseo del gobierno– visitó la tumba de Monseñor en catedral, visita que había sido excluida del programa oficial. La fotografía de Karol Wojtila –lo formulamos así porque en ella aparece el ser humano antes que el papa– rezando ante la tumba de Monseñor Romero y las palabras con que se refirió a él como "celoso pastor que dio la vida por su pueblo", son un testimonio personal entrañable, y, además, supuso un cambio radical de dirección en el Vaticano: el Papa lo había alabado y ya no se podía decir impunemente dentro de la Iglesia que Monseñor había sido marxista, colaborador de la guerrilla, tonto útil manipulado... Y cuando en 1994 Mons. Rivera decidió poner en marcha el proceso diocesano, reconoció que ello no gustaba en algunos dicasterios vaticanos, pero que Juan Pablo II, personalmente y a pesar de ello, dio el visto bueno.



La postura del Papa nos parece que ha sido decisiva como condición *sine qua non* para que se inicie y prosiga el proceso. Al nivel eclesiástico, de curias y dicasterios, ya no se puede ir contra Monseñor. Y más importante, a nivel eclesial, el del pueblo de Dios, el afecto del papa a Monseñor ha fortalecido el del pueblo. En su segunda visita en 1996, sólo hubo un aplauso público y fue cuando Juan Pablo II recordó en catedral a Monseñor Romero "brutalmente asesinado mientras ofrecía el sacrificio de la misa". Para que haya prosperado el proceso de canonización oficial, la postura del Papa no ha sido del todo suficiente, pero sí ha sido positiva y necesaria.



El papa Juan Pablo II orando ante la tumba de Mons. Romero en su segunda visita en 1996.

Otra cosa que ha forzado objetivamente a comenzar el proceso es el impacto mundial, duradero y en aumento de Monseñor. Cuando murió la madre Teresa de Calcuta surgieron voces pidiendo su pronta canonización. Con Monseñor Romero no ocurrió lo mismo y no se habló de canonización, pero se desencadenó un ingente movimiento de admiración, agradecimiento, cariño y reconocimiento de su necesidad para el mundo. Comenzó muy pronto lo que podemos llamar el "romerismo", la tradición generada por Monseñor, del mismo modo como Francisco de Asís generó el "franciscanismo".

En la conciencia colectiva de este fin de siglo, más o menos por supuesto, Monseñor está presente en el mundo como suspiro de alivio de que lo humano es posible, como agradecimiento de que hay seres humanos que nos salvan y nos

redimen de nuestro egoísmo y pequeñez, que son como aquel Jesús en quien podemos tener "fijos los ojos" en nuestras aflicciones, y también en nuestras decisiones de enrumbar este mundo en una dirección muy distinta a la actual.

Es sabido, pero no hay que trivializarlo sino valorarlo grandemente. En el último sínodo para las Américas, celebrado en Roma, los obispos discutieron si los cristianos que habían sido asesinados por la defensa de la justicia debían ser llamados "mártires" o sólo "testigos", reservando el término "mártir" para quien moría explícitamente por causa de la fe –disquisiciones y casuística a las que somos dados los humanos. Pero cuando Mons. Gregorio Rosa habló de Mons. Romero, de su persona, de su profecía y de su martirio se olvidó la casuística y en el aula sinodal resonó el mayor y más prolongado aplauso de todo el sínodo.

Monseñor Romero ha impactado a muchos obispos personalmente, sobre todo a quienes están en situaciones parecidas a las suyas, como lo reconoce don Samuel Ruiz. En otros hay respeto por ese hermano suyo salvadoreño, y hasta sano "orgullo de clase" de que haya obispos como él, profetas, evangelizadores, sin miedo y con esperanza.

Monseñor Romero sigue causando un impacto mundial –más allá de las incomprendiones y pequeñeces de algunos– y ese impacto tiene un peso objetivo que fuerza a su canonización. ¿Cómo podría la Iglesia decir al mundo que ignora a personas como Monseñor, que lo hace pasar desapercibido? En la conciencia colectiva de esta humanidad nuestra esto es hoy –afortunadamente– muy difícil, casi imposible.

4. Lo que ha forzado, en definitiva, a la canonización de Monseñor Romero es su santidad real, muy necesaria en nuestro mundo y en nuestra Iglesia.

A este impacto mundial ha ayudado, indudablemente, una serie de factores poco comunes. Monseñor fue figura pública en un país y en una Iglesia que fueron noticia mundial durante mucho tiempo: masacres, sacerdotes asesinados, "haga patria mate un cura", su carta a Carter, sus últimas palabras, "en nombre de Dios, ¡cese la represión!", y tantas otras cosas. Pero más allá de esto, y teniendo en cuenta que en la historia cambian unas cosas, sí, pero otras permanecen, como permanece la condición humana, la verdad es que hay algo en Monseñor que fuerza a mantenerlo vivo y presentarlo como ser humano y cristiano cabal –eso significa canonización también el día de hoy. Podemos decir que en Monseñor Romero hay algo de meta–paradigmático, más allá de los cambios de paradigmas –tan invocados hoy– y no siempre para hacer lo que hay que hacer.

Lo que se impone de Monseñor a través de los tiempos es su autenticidad, honradez, compasión... Pero, aunque verdaderas, estas palabras sólo cobran su hondura real desde sus destinatarios directos, aquellos que llenaron su corazón y aquellos que lo acogieron en su corazón: los pobres de este mundo. Como hemos dicho antes, ellos definen a Monseñor Romero desde la verdad, la compasión y la fidelidad. Y esto es lo que se impone de Monseñor hasta el día de hoy.

En un mundo de mentiras –ayer como hoy–, ayer más burdamente en las declaraciones de gobiernos (el nuestro y el de Estados Unidos), fuerzas armadas, políticos y oligarquías, hoy más sutilmente, con concesiones a una mayor libertad de expresión, pero con el encubrimiento fundamental de la verdad (la mitad de la población del mundo está amenazada de pobreza), la verdad es como "el agua limpia que baja de los montes", decía Rutilio Grande. Esa verdad, mil veces negada, oprimida, manipulada en favor de los opresores y en contra de los oprimidos, eso es lo que significa hasta el día de hoy Monseñor Romero, sin que –en plena euforia de democracia– se haya encontrado un símbolo mejor de la verdad que el Monseñor profeta.

En un mundo de crueldad –ayer como hoy–, ayer más burdamente con masacres aberrantes, hoy con la pobreza cotidiana (el producto interno bruto en El Salvador es menor que el de antes de la guerra), con la violencia cotidiana (diez mil fueron los muertos violentamente en 1995 y otros diez mil en 1996) y con el desprecio cotidiano a las mayorías populares, la compasión, el amor y la justicia son como bálsamo que cura heridas y anima a trabajar. Esa compasión a los pobres de este pueblo es lo que hasta el día de hoy expresa Monseñor Romero, sin que "el juego de la democracia", ni los datos macroeconómicos, ofrezcan algo mejor que el Monseñor justo y consolador.

En un mundo dividido y antagónico, hecho de ricos epulones (las transnacionales en todo el mundo, el capital financiero en nuestro país) y de pobres lázaros que esperan migajas (el rebalse); en un mundo inhumano en el cual no interesa la familia humana, sino el propio interés, en el que no hay líderes que guíen al pueblo, sino que se aprovechan de él y lo desuellan, como dice Oseas, Monseñor Romero expresa la cercanía, el conocimiento de sus ovejas, como buen pastor. Monseñor Romero sigue siendo el gran conocedor de los pobres de este pueblo, y ellos lo conocen a él. Monseñor sigue siendo hasta el día de hoy –sin que se vislumbre ningún candidato que lo reemplace– la voz de los sin voz.

En un mundo alienado, infantilizado por los modernos y nada antiguos "circenses", decidido a industrializarlo todo (naturaleza, vacaciones, deporte,

música, moda, funerales de celebridades...), haciendo bueno el dicho de que *business is business*, y que, por lo tanto, está permitido desnaturalizarlo todo para comercializar y dinerizarlo todo, Monseñor Romero expresa que es posible vivir con gozo, en el encuentro de unos con otros, en aquellos encuentros suyos con los campesinos, en los cantones o en la curia arzobispal. Es el gozo que se le escapó en estas palabras: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor".

En un mundo de componendas, de evitar tensiones y conflictos –aunque los exija la realidad–, de no tomar nada totalmente en serio, a no ser el propio interés, de no animar al compromiso fiel, aquello que exige la ética y la fe, y aquello que, además, lleva a la verdadera felicidad, Monseñor Romero expresa que es posible ser humano y ser cristiano comprometido y fiel "hasta el final". Eso fue su martirio.

Y una última palabra. En un mundo en que se ignora, peor aún, en que se trivializa y banaliza la fe en el misterio de Dios, Monseñor sigue siendo el creyente en el Dios de Jesús, el Dios de la vida, el Dios de las víctimas, "el Dios en quien el pobre encuentra compasión". Monseñor Romero es el creyente que ofrece a todos al Dios de Jesús para que los humanos seamos más que humanos, como decía Agustín.

De todo esto tiene necesidad el mundo y también la Iglesia. En una Iglesia con exceso de verticalismo y autoritarismo, Monseñor aparece como un obispo popular y sin populismo. En una Iglesia con miedo en su interior, donde cuesta decir con sinceridad lo que se piensa, Monseñor aparece como pastor hermano, abajado a todos y gozoso de estar con todos. En una Iglesia distanciada a veces de la realidad, viviendo en el mundo que se fabrica y que muchas veces no coincide con el mundo real, Monseñor aparece como un creyente encarnado. En una Iglesia que, eficazmente, da muchas veces



ultimidad a la doctrina y a la ley, Monseñor aparece como el servidor del pueblo, el defensor de la vida de los pobres, el compasivo ante las víctimas, y en ello y en su Dios pone él la ultimidad.

Todo esto lo capta muy bien el *sensus fidelium*. Se impone la canonización de Monseñor Romero y su presentación en la doble dimensión de santo canonizado. Santo es el intercesor, quien está en favor nuestro, intercediendo ante Dios en lenguaje de la tradición, quien da ánimo, fuerza, vida y esperanza en lenguaje histórico. Y santo es el modelo, quien nos muestra el camino a seguir, con sus virtudes eximias en lenguaje de la tradición, con su ser salvadoreño y cristiano cabal en lenguaje histórico.

Y quizás una última cosa, más visible en Monseñor Romero que en otros santos ya distantes. Santo es quien produce gozo, buena noticia en un mundo de malas realidades. Más allá de su utilidad como intercesor y modelo, santo es quien hace presente la ternura de Dios en este mundo, ante lo cual sólo cabe decir "gracias". De Jesús se dijeron cosas sublimes, pero lo que en definitiva le define son aquellas palabras de los Hechos: "Pasó haciendo el bien y consolando a todos los afligidos". O aquellas otras de la carta a Tito: "Ha aparecido la benignidad de Dios". De Monseñor Romero unos, como Ignacio Ellacuría, dijeron que era "un enviado de Dios para salvar a su pueblo". Otros dijeron que era "una buena noticia de Dios para los pobres".

A este Monseñor hay que ponerlo en lo alto para que sea luz que ilumine las tinieblas y sea ánimo que venza la indiferencia. La canonización de Monseñor Romero se impone. Parfraseando a Jesús, "si la Iglesia callara, las piedras hablarían".

5. La canonización oficial, como todo lo humano, tiene también sus peligros. En este caso, el peligro consistiría en canonizar a un Monseñor Romero desdibujado y en que la Iglesia lo acaparase indebidamente.

Todo lo humano es ambivalente, está abierto a la gracia, pero es también proclive a la pecaminosidad. De esto no hay que sorprenderse y por ello hablamos también de los posibles peligros de esta canonización.

a) Es difícil detener el proceso de canonización de Monseñor Romero, pero se lo puede desdibujar y cooptar. Desde este punto de vista, el peligro consistiría en canonizar a un Monseñor bueno, piadoso, sacerdotal, pero en definitiva a un

Monseñor aguado. Consistiría en quitarle las aristas y el fuego que tuvo como profeta, y el quitarle las entrañas de misericordia que tuvo como buen samaritano.

Siempre existe el peligro de entender la santidad, como si, en definitiva, ésta se expresase mejor en la cercanía a Dios, y de entender a Dios como lo que estuviese más allá de lo humano o en competencia con lo humano, como si Dios fuese celoso de hombres y mujeres. Es el peligro que expresan estas palabras ya clásicas: "Como no son de la tierra creen que son del cielo. Como no son de los hombres creen que son de Dios. Como no aman a los hombres creen que aman a Dios".



Si no en esta forma burda, sí en otras más sutiles, en la Iglesia algunos piensan que para santificar a un ser humano es más seguro acercarlo a Dios y distanciarlo de los humanos, que acercarlo a ellos, pues esto los distanciaría de Dios –y, así, desde este presupuesto se podría canonizar a un Monseñor Romero aguado, no al verdadero Monseñor.

Es evidente que Monseñor fue hombre de Dios, creyente, devoto; que fue sacerdote, dispensador de los misterios de Dios; que fue arzobispo, cuidador de la fe y de las cosas santas de su pueblo. Pero a eso hay que añadir –y hacer de ello cosa central– que Monseñor fue un insigne salvadoreño que por eso se encarnó en una realidad de conflicto y muerte. Que fue defensor de los pobres y por eso fue amado y venerado por ellos. Que fue profeta, denunciador y desenmascarador de militares, oligarcas, gobernantes y políticos y por eso fue odiado por ellos. Que fue voz de los sin voz y por eso fue voz contra los que tienen demasiada voz. Que fue creyente y hombre de Dios y por eso fue enemigo acérrimo de los ídolos. En suma, es evidente que el verdadero Monseñor vivió todo para Dios y todo para la

justicia. Ese fue el Monseñor Romero total, el "verdadero" Monseñor. Y ese Monseñor es el que el pueblo espera que sea canonizado, el que sea presentado como protector y modelo de este pueblo. Un Monseñor distinto, desdibujado, aguado, sería irreconocible. Y de él –la verdad– no habría mucha necesidad.

b) Relacionado con esto, es también peligroso que con ocasión del proceso de canonización la Iglesia repitiera, con cierto exclusivismo, que "Monseñor Romero es nuestro", que "no nos dejemos arrebatar a Monseñor". Esto se decía antes –con algo de razón hasta cierto punto– para evitar que Monseñor fuese manipulado espúreamente. Pero no debiera prevalecer este enfoque exclusivista, y menos hoy. Monseñor Romero, como salvadoreño, como ser humano y como cristiano, es de todos. Si lo hacen con honradez, todos tienen derecho a invocarlo y a todos puede hacer un gran bien. Y lo empobrecedor de insistir en el "es nuestro" es que de esa forma a los oprimidos se les privaría de una esperanza y a los opresores se les ofrecería una excusa para no tener que imitarlo.

En este contexto es bueno recordar que cuando, pocos años después de su asesinato, comunidades de base y organizaciones populares salieron a la calle –superando el miedo a la represión de aquellos días– se oyeron voces que querían encerrar a Monseñor en el templo. Entonces, Ignacio Ellacuría escribió: "Bien está Monseñor en el templo, y bien está Monseñor en la calle. Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre".

Esto que hemos llamado "peligro" podría, quizás, aparecer en la redacción del acta de canonización, en qué de Monseñor Romero se menciona en ella y qué –si algo– se calla de él. Pero, indudablemente, eso no es lo decisivo. Pasará el día de su canonización y se olvidará cómo quedó redactada el acta. Lo decisivo está ocurriendo ahora, cuando se está fraguando la imagen de Monseñor. Ya hay muchos análisis de su vida y su obra, y hay sobre todo la convicción de su realidad total como salvadoreño y cristiano. Así, en esa totalidad, todo de Dios y todo de los pobres, Monseñor sigue siendo una buena noticia.

6. La canonización oficial de Monseñor Romero puede traer bienes muy grandes: confrontarnos con nuestra realidad, llamar a conversión, devolver dignidad a las víctimas, proclamar a América Latina continente mártir.

a) La canonización oficial de Monseñor puede ser una ocasión para repensar la realidad del país. Recordar las víctimas y los verdugos de entonces puede llevar a analizar los de ahora, a tomar conciencia de la pobreza, la violencia y la injusticia

actuales, y a buscar la dirección en que construir una sociedad justa. Puede llevar a repensar los errores de la impunidad y de las amnistías inconsultas y precipitadas, y a una buena administración de justicia. Puede llevar –ojalá– a la conversión, exigida y facilitada por la presencia de Monseñor Romero y de muchos otros mártires entre nosotros. (En la canonización de María Goretti, asesinada al principio del siglo por no ceder ante quien la quería forzar, estuvo presente su asesino.) Y puede llevar a comprender la necesidad de "revertir la historia". Todo esto es utópico, evidentemente, pero no deja de expresar bienes importantes y necesarios. Y una buena ocasión de propiciarlos sería la canonización de un mártir típicamente salvadoreño, como Monseñor Romero.

Más claramente, esta canonización puede llevar consuelo a muchísima gente, y sobre todo el sentimiento de que una institución importante, el Vaticano, y una persona importante, el Papa, "les dan la razón". No estaban ellos equivocados, Monseñor fue víctima y es santo. Y no es éste pequeño gozo para un pueblo que nada cuenta a la hora de decidir las cosas importantes y a quien no se suele preguntar su opinión sobre ellas.

Más específicamente, la canonización de Monseñor Romero devolverá dignidad a muchas otras víctimas, y con ello traerá hondo consuelo a sus seres queridos –tanto mayor cuanto que, al ser personas religiosas muchísimas de ellas– esa dignidad viene ahora envuelta en lo sagrado de Dios. Recordémoslo. Monseñor Romero, y tantos otros, en vida fueron difamados y calumniados. Se les negó honradez y fe cristiana. Se les acusó, con mentira, de toda clase de aberraciones: "Monseñor Romero vende su alma al diablo", decía el título de un periódico de la época. La Comisión de la Verdad fue sensible a esta aberración y exigió reparación a la dignidad de las víctimas. Puede ser que algún día se construya un monumento en su honor, pero, aunque así ocurra, una canonización es cosa distinta. Es Dios quien devuelve la dignidad. Y de esa dignidad que otorga la canonización de Monseñor participan todos los mártires.

En nuestra historia actual y concreta, la canonización de Monseñor Romero – y, en él, la de muchos más– no tiene la estructura de "revancha", ni menos de "venganza". Pero sí tiene la estructura del Magnificat, el trastrueque que opera Dios: "A los pobres los llenó de bienes, y a los soberbios despidió vacíos". Y por ello, muchos salvadoreños –madres, sobre todo– dirán: "Engrandece mi alma al Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada".

b) Ya ha quedado insinuado, pero hay que explicitarlo. Monseñor Romero es un mártir conocido, quizás el más conocido, pero no es el único. Como Jesús en la Carta los Hebreos es el hermano mayor en una inmensa nube de testigos. Esto quiere decir que el martirio en América Latina –o en amplias regiones de ella– ha supuesto una verdadera globalización.

Las instituciones mundiales –incluidas Naciones Unidas– no tienen interés en reconocer esta "globalización del martirio", por la incapacidad de sus mecanismos en dirimir estos asuntos y por las presiones políticas a las cuales suelen ceder. Pero bien lo puede hacer la Iglesia católica. Y –soñando– quizás se puedan encontrar modos para que, de alguna manera, aunque sea simbólicamente, en esa canonización participasen todas las iglesias; y para que en la canonización de Monseñor se reconociese también, de alguna manera, a los innumerables mártires de América Latina y al inmenso y mártir mundo de los pobres.

Que se llegue a realizar esta utopía es muy difícil, por supuesto. Pero es importante tener presente la identificación de Monseñor Romero con su pueblo, con las víctimas sobre todo, y en aquellos aspectos "martiriales" ya durante su vida. "Yo no quiero ninguna seguridad mientras no se la den a mi pueblo". Permítasenos la audacia, pero ¿no pudiera pensarse que Monseñor esté ahora diciendo "yo no quiero una canonización que no incluya la de mi pueblo?", aunque sea "de alguna manera", añadimos nosotros.

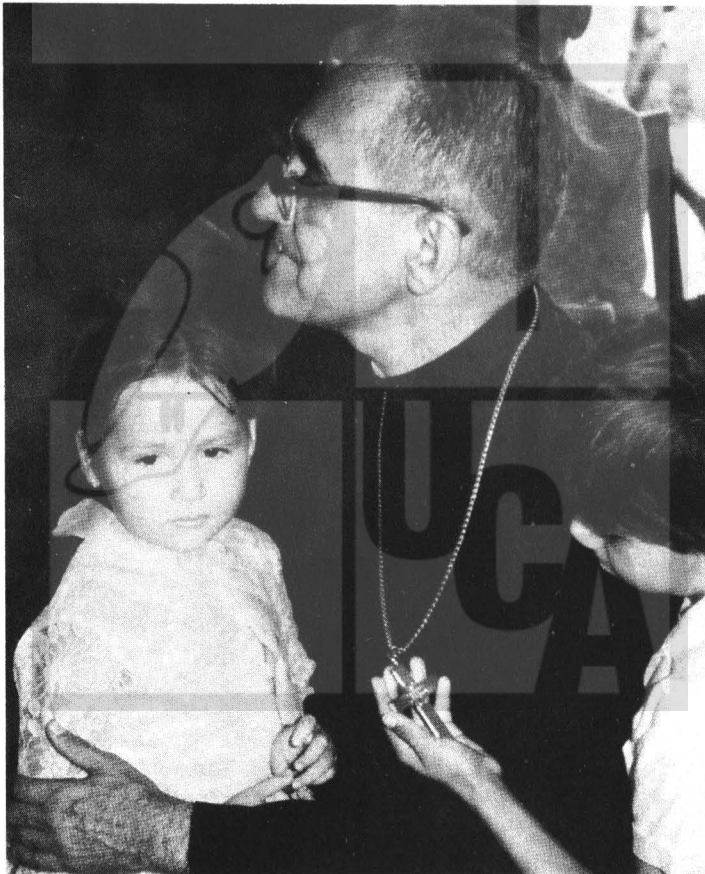
Dicho primero en forma negativa, esta canonización no debiera prescindir del contexto histórico real: la abundancia de cristianos y de seres humanos a quienes se ha dado muerte por su amor y defensa de los pobres (los privilegiados de Dios), por su compromiso con la verdad y la justicia (reflejo en la historia del compromiso de Dios), y todo ello en muchos explícitamente, en otros anónimamente, por la fe en un Dios, Padre y Misterio, y por el seguimiento humilde de Jesús. Y no debiera olvidar las masacres de "santos inocentes", ancianos, niños y mujeres, asesinados simplemente para facilitar la actividad bélica. Esta realidad, que en América Latina es cuantitativamente masiva, y cualitativamente cruel y esperanzadora, a la vez, no debiera estar ausente al canonizar a su símbolo real: Monseñor Romero.

Dicho en forma positiva, ahora que se globaliza la trivialización de la fe y la existencia, que se globaliza el consumismo y el egoísmo, que se globaliza el desprecio y la exclusión de centenares, si no de miles de millones de seres humanos, es muy importante apuntar a otro tipo de globalización: la de la verdad, del compromiso, del amor y de la ternura.

Al canonizar a Monseñor Romero, y, simbolizados en él, a todos los mártires, la Iglesia puede ofrecer ese servicio a nuestro mundo. Ojalá que en la canonización de Monseñor Romero estén presentes Ellacuría y Julia Elba, Monseñor Angelelli y los indígenas del Quiché, los niños de Somalia y de Ruanda, las madres de Timor del este y Bosnia. Ojalá esté presente un continente mártir, los pueblos crucificados.

Y no hay aquí masoquismo. A una víctima, a un mártir, Jesús, Dios le hizo justicia y lo resucitó de entre los muertos. De ellos es la esperanza. A los vivos queda la responsabilidad de trabajar para bajarlos de la cruz.

24 de marzo de 1998



Cuadernos Monseñor Romero

Cuaderno 1. 1998. Año del Espíritu Santo

Cuaderno 2. Monseñor Romero. Westminster y Roma

Cuaderno 3. Los Documentos de Medellín (Selecciones)

Cuaderno 4. 1999. Año de Dios Padre

Cuaderno 5. Biografías. Mártires de la UCA